

Francisco de Miranda y los mármoles hurtados a la Acrópolis

Miguel Castillo Didier

La reivindicación por Grecia de los tesoros artísticos que le fueron arrebatados a comienzos del siglo XIX, posee un fundamento moral incontestable; y el apoyo que le prestan instituciones culturales y artísticas y personalidades de la intelectualidad y la cultura de todo el mundo es cada vez más amplio.

En América Latina la cuestión es relativamente poco conocida, pese a que en la obra de un gran personaje de nuestra historia tenemos una expresión muy temprana de la defensa de los derechos de cada pueblo a la conservación de su patrimonio artístico. Nos referimos a Francisco de Miranda (1750-1816), precursor, apóstol, héroe y mártir de la independencia hispanoamericana. Hombre de vastísima cultura, de formación clásica, amante de las letras griegas y latinas, formador de una riquísima biblioteca clásica¹, Miranda aprendió griego, lo escribió y hasta lo

1 Una sinopsis del tema puede verse en M. Castillo Didier: "La biblioteca griega de Francisco de Miranda", *Byzantion Nea Hellás*, 9-10, 1990. El tema se trata con amplitud en nuestro trabajo *Grecia en la biblioteca del Precursor. Esbozo de un estudio de los libros griegos de Francisco de Miranda*. Sobre la vida de Miranda, entre otras obras, pueden citarse: J. Nucete-Sardi: *Aventura y tragedia de don Francisco de Miranda*, Caracas, 1950; M. Gálvez: *Don Francisco de Miranda, el más universal de los americanos*, Buenos Aires, 1946; Lucila de Pérez Díaz: *Miranda, su vida y su obra*,

tradijo, y fue, por lo que sabemos, el único americano que recorrió la Grecia esclavizada por el dominio otomano. En 1786 peregrinó por las tierras helénicas y dejó uno de los diarios más interesantes, entre los que integran el apasionante corpus de sus escritos².

Creemos que es oportuno enlazar los testimonios y las afirmaciones de Miranda en contra del despojo de los tesoros artísticos de un pueblo, con el tema de la justa reivindicación que Grecia continúa y, sin duda, continuará haciendo de los mármoles del Partenón, denominados generalmente “los mármoles de Elgin”, aunque en realidad siempre pertenecieron a Grecia y nunca a Lord Elgin.

El Partenón

Sin duda, el Partenón, junto a los otros monumentos de la Acrópolis de Atenas, representa una de las cumbres del arte de todos los tiempos. En el “peñón sagrado”, en la época más gloriosa de la creatividad griega, se levantó una serie de edificios en los cuales aunaron sus esfuerzos los artistas más sobresalientes de la Hélade clásica. El

Caracas, 1968; M. Picón Salas: *Miranda*, Caracas, 1972; A. Pueyrredón: *El general Miranda, precursor, apóstol y mártir de la emancipación hispanoamericana*, Buenos Aires, 1943; J. F. Thorning: *Miranda, ciudadano del mundo*, Caracas, 1981; J. A. Cova: *Miranda, el venezolano del fuego sagrado*, Caracas, 1949; Josefina Rodríguez de Alonso: *Bosquejo biográfico de Francisco de Miranda*, en *Colombeia*, 1, Caracas, 1978; W.S. Robertson: *La vida de Miranda*, 2a. ed. Caracas, 1972 (obra clásica, aunque contiene más de un juicio injusto); A. Rumazo: *Miranda, protolíder de la independencia americana*, Los Teques, 1985. Son fundamentales las obras de Caracciolo Parra-Pérez: *Miranda et la Revolution Française*, París, 1925 (en castellano, en traducción del autor, Caracas, 1966, 2 vols.); e *Historia de la Primera República de Venezuela*, Caracas, 1939, 2 vols.

2 El archivo de Miranda, que él tituló *Colombeia* (con terminación griega: todo lo relativo a Colombia, es decir, a Hispanoamérica) comprende 63 grandes tomos, encuadernados por él. Sus *Diarios* están contenidos en los 4 primeros tomos de la edición Dávila (Caracas, 1929-1950) y en los 8 primeros de la edición

en curso, con el título original de *Colombeia* (Caracas, desde 1978). Falta avanzar en el estudio y valoración incluso literaria de los escritos mirandinos. Ya Henríquez Ureña señaló: “Aunque hombre de amplias lecturas, carecía [Miranda] de ambiciones literarias; sin embargo, el diario que llevó —extraordinario documento— lo coloca en una posición única dentro de la literatura hispanoamericana. Recoge en él cuanto dato pueda serle útil, anota cuanto rasgo personal, cuanta costumbre le llama la atención en las regiones que visita. Sus comentarios son breves y agudos; muy a menudo, también, enteramente imprevistos”: *Las corrientes literarias en América Hispánica*, 99. El valor del inmenso fresco trazado por Miranda sobre Europa y Estados Unidos de la segunda mitad del siglo XVIII, es de un valor histórico y sociológico enorme; está, además su valor literario. Al respecto, se puede ver: M.H. Sánchez-Barba: “Introducción” a Fco. de Miranda: *Diarios de viajes y escritos políticos*, Madrid, 1977; y M. Castillo Didier: “Los diarios de Miranda. Una página del gran libro del universo”, en Fco. de Miranda: *Los diarios del Precursor Francisco de Miranda*, Monte Ávila, Caracas, 1992.

Partenón es una de las obras arquitectónicas con que se enriqueció Atenas durante las fecundas décadas del gobierno de Pericles. Los Propileos y el Partenón en la Acrópolis; la Stoa Poikile y el templo de Hefesto (Teseion) en el Ágora; el Odeón o teatro para la música, a los pies del peñón; el templo de Poseidón, en Sunion; y el de Némesis, en Ramnos, son los principales edificios levantados en aquel período³.

Pero, sin duda, es el Partenón el que, desde su inauguración y dedicación a la diosa Atenea el año 432 a.C., fue considerado una maravilla del arte y pasó a constituir el monumento representativo por excelencia del espíritu griego. Su construcción duró 15 años, desde el 447, y, como es sabido, la supervisión artística estuvo a cargo de Fidias. Los arquitectos Calícrates e Ictinos y algunos de sus discípulos dieron forma al templo. De una de sus secciones, el Partenón o sala de las vírgenes, provino la denominación que perduró hasta hoy. También el epíteto de “parthenos”, virgen, se aplicó a Atenea allí venerada.

Diez siglos después, bajo Justiniano, el templo pasa a ser iglesia cristiana; y desde 1209 será propiamente católica. El dominio “franco” u occidental la convierte en iglesia de SantaMaría de Atenas. Los turcos otomanos, al conquistar la antigua ciudad, hacen del Partenón una mezquita y efectúan en él varios cambios. Utilizado por ellos como polvorín, es dañado gravemente durante los bombardeos de la Acrópolis por los venecianos comandados por Morosini, en 1687. El 26 de septiembre de ese año una bomba veneciana provoca el estallido del polvorín, lo que causa un catastrófico deterioro en el edificio, que hasta esa época se había conservado en lo esencial en buen estado. Los viajeros Spon y Wheler fueron los últimos en verlo completo y describirlo, en su libro, en 1685. Miranda tuvo ese valioso tomo, que en 1794 heredó del general Achilles Duchatelet, mientras estaba en prisión en Francia⁴.

Un año antes que Spon y Wheler pasaran por Atenas, Jacques Carrey, hizo diversos dibujos del Partenón, durante las dos semanas que estuvo en la ciudad, acompañando

3 Sobre el arte en el Siglo de Pericles y especialmente sobre los monumentos de la Acrópolis, una excelente síntesis en Manolis Andronikos: “El arte clásico”, en griego, en *Historía tu Helinikú Ethnus*, IV, 270-327. Igualmente sobre los monumentos de la Acrópolis: John Boardman: *Greek Art*, Oxford, 1973, trad. al griego de A. Papás, Ed. Hipodomí, Atenas, 1980.

4 El catálogo de los libros que el general Duchatelet legó a Miranda, en dos listas, se conserva en el archivo mirandino: *Archivo del General Miranda*, XIII, 4-5 y 6-9. El infortunado general quiso estudiar griego en su última prisión y es del todo verosímil que Miranda

haya sido su maestro en la celda: T. Tariffi: *Los clásicos griegos de Francisco de Miranda*, 8.

Jacob Spon escribió en francés su valioso libro *Voyage d'Italie, de Grèce et du Levant, fait aux années 1675 et 1676*, Lyon, 1676. En él entrega una detallada y seria descripción de los monumentos de la Acrópolis. Su recorrido por Grecia lo realizó en compañía de George Wheler, quien, en conocimiento de que el libro de su compañero de viaje iba a ser traducido al inglés, lo editó en traducción propia y a su nombre: *A journey into Greece*, Londres, 1682, aunque en el prólogo confesaba ingenuamente que el texto era idéntico al de Spon.

al Marqués de Nointel, embajador de Francia ante el sultán. Por sus bosquejos comprobamos que el frontón occidental del templo estaba prácticamente íntegro, mientras que el oriental se conservaba en parte considerable. Pero al año siguiente de la gran explosión de 1687, Morosini intentó arrebatar al monumento las esculturas del frontón principal, donde se representaba la disputa de Atenea y Poseidón por la consagración de la ciudad, consiguiendo sólo una destrucción irreparable. A este acto de barbarie se refiere un siglo después Francisco de Miranda, cuando sube a la Acrópolis, el 21 de junio de 1786.

Repasemos algunas líneas del *Diario* de Miranda: “Los Propileos, o puertas de entrada, están confundidos con otros pedazos de mampostería moderna, que se han atravesado; y no se puede formar aquella bella idea que seguramente debía dar este soberbio edificio, del gusto y espíritu de Pericles. Bajamos abajo para observar una luz que se dice arde constantemente en el centro del muro; mas no es otra cosa que una gran grieta y la transparencia del mármol que forman aquel reflejo con la luz que da por fuera del edificio”⁵. El visitante no podía ver los Propileos como los apreciamos hoy, luego de la restauración practicada entre 1909 y 1917. Por otra parte, la destrucción causada en la Acrópolis en el siglo xvii no había sido agravada aún más por los daños producidos durante el sitio de la Acrópolis en la Guerra de la Independencia, en 1827. En cambio, afeaba mucho el conjunto la llamada Torre Franca, vestigio del dominio occidental, que fue demolida en 1825.

A la entrada de la Acrópolis, Francisco de Miranda no pudo ver el pequeño templo de Atenea Nicea, llamado generalmente de la Victoria sin Alas o Nicea Apta, al que se llega desde el ala sur de los Propileos. Este templete de estilo jónico, que se comenzó a construir el año 432 a.C., fue demolido por los turcos en 1687 para ubicar allí un bastión. En 1835 fue minuciosamente reconstruido por los arquitectos Hansen, Ross y Schaubert, quienes lograron ubicar entre las ruinas la mayor parte de las piezas.

Desde los Propileos pudo Miranda contemplar el Partenón, que no había sufrido aún el despojo masivo de elementos de los frisos y de lo que se conservaba del frontón oriental. Sigamos las palabras con que el peregrino caraqueño anota sus impresiones sobre el “templo de Minerva”: “Primero, al famoso templo de Minerva, cuyo centro está arruinado por haberse volado con una cantidad de municiones de guerra que había dentro al tiempo que le pusieron sitio los venecianos, efecto de una bomba que éstos arrojaron. Sin embargo, los dos frontones se conservan aún, y la mayor parte del pórtico—orden dórico sin base, la columna— dan la más bella y noble idea que quiera discurrirse de este noble edificio. Los bajorrelieves que corren por toda la corniza y frontón, son de exquisitísimo gusto y hacen echar de menos los que faltan. Los del frontón principal faltan del todo, porque los venecianos, queriéndolos llevar, los

5 *Colombeia*, iv, 379.

dejaron caer a tierra, y se rompió todo.. Las columnas son sin pedestal y acanaladas, lo que produce un muy bello y sencillo efecto. ¡Oh, qué sublime monumento! ¡Todo cuanto he visto hasta aquí no vale nada en comparación!⁶”.

El despojo

A las destrucciones y deterioros causados por acciones bélicas y actos de invasores y visitantes inescrupulosos, se habría de sumar el despojo masivo y sistemático de los monumentos de la Acrópolis por un personaje inglés, a comienzos del siglo XIX. Este es Thomas Bruce, Conde de Elgin, conocido generalmente por Lord Elgin, quien llegó a Constantinopla en 1799, como embajador de Su Majestad británica. En 1800 obtuvo del sultán un primer decreto, firmán, para que se facilitara el trabajo que un grupo de pintores, arquitectos y moldeadores haría en la Acrópolis, por cuenta de Elgin, a fin de dibujar, pintar y sacar moldes de las “antigüedades” conservadas allí. En 1801 el embajador consiguió la dictación de un segundo firmán, que lo autorizaba para sacar algunas esculturas e inscripciones. A fines de diciembre de ese año, Elgin dio instrucciones a Giovanni Battista Lusieri, artista italiano que integraba el grupo, para que extrajera las piezas que le interesaban: muestras de cada corniza, de cada friso, de cada capitel de columna, de las decoraciones del techo, de las columnas acanaladas y de los varios órdenes arquitectónicos de las metopas, y “en general de todo, lo más que sea posible”⁷. Como puede apreciarse, la idea del respeto por las obras de arte no podía estar más lejos de la mente de quienes planificaron el despojo. Como anota Vranópulos, muy probablemente Elgin estaba animado por el ejemplo de Napoleón, quien durante su expedición a Egipto había hecho tomar piezas de los antiguos monumentos de ese país, así como había hecho trasladar a Francia desde Italia valiosas obras de arte⁸.

Comenzó así en 1801 una depredación de terribles proporciones. Hasta 1821, año en que murió Lusieri, 253 grandes cajas con piezas antiguas, de Atenas y otros lugares,

6 Ibid., 381. En carta del 19 de mayo de 1688, Morosini expresa fríamente que “en previsión de tener que abandonar Atenas, concebí el proyecto de sacar algunas de las más hermosas obras de arte, las que podrían añadir nuevo brillo a la República [de Venecia]. Así que ordené que se retiraran de la fachada del templo de Atenea, donde están las más bellas esculturas, la estatua de Zeus [Poseidón] y los bajorrelieves de dos majestuosos corceles. Pero en cuanto comenzó el trabajo, se derrumbó íntegra la parte superior de la coronación del templo y es un milagro el hecho de que ninguno de los operarios sufrió daño alguno”. Ense-

guida atribuye el accidente a la forma de construcción del edificio e informa que decidió sacar de él una “leona de excelente arte”. En realidad, Morosini se llevó al partir no sólo esa escultura, sino también dos leones sacados del Teseion y otro tomado del puerto de Pireo. San Gallo, su secretario, tomó, entre otras cosas, una cabeza de Atenea. Kiriakos Simópulos: *Viajeros extranjeros en Grecia 333 d.C. -1700*, I, 503.

7 E.A. Vranópoulos: *The Parthenon and the Elgin Marbles*, 8.

8 Ibid., loc. cit.

habían sido enviadas a Londres. Las primeras cajas habían llegado a Inglaterra en enero de 1804. En 1811, Lord Elgin ofreció el tesoro hurtado al Museo Británico, después de varios años en que los mármoles habían sufrido los efectos del clima húmedo de Londres. Luego de un largo proceso de ofertas y regateos, a mediados de 1816, la Cámara de los Comunes autorizó la adquisición por la suma de 35 mil libras esterlinas, cifra muy inferior a la exigida por Elgin inicialmente. De esta manera, se consumó el despojo de un tesoro artístico que sólo pertenecía a la nación griega, que formaba parte del patrimonio cultural único de ese pueblo. Como se ha dicho, un museo compró lo ajeno; un tirano regaló lo que no le pertenecía; y un lord vendió lo hurtado. Las mejores metopas, la mayor parte de las estatuas de los frontones y la mayor parte de las planchas de los frisos del Partenón; una columna jónica del Erecteion; una de las cariátides del Pórtico de las Kores; cuatro planchas del templo de la Victoria sin Alas, constituyeron el grueso de lo substraído a la Acrópolis.

Contra la destrucción y despojo

El maltrato a las obras de arte que visita a través de sus dilatados viajes preocupa constantemente a Miranda. Son muy numerosos los testimonios que sobre ello dejó en sus *Diarios*. Durante su travesía por tierras griegas, por ejemplo, anota que, a raíz del interés que manifestó por las ruinas del templo de Apolo, en Corinto, “algunos turcos [...] quisieron manifestarme otros restos que están allí inmediatos, en un subterráneo, pero éstos no son más que una arquitectura turca o árabe de ningún mérito, compuesta de varios restos y columnas griegas, que forman una caballeriza perteneciente a una gran casa turca”⁹. Al describir las ruinas de la Biblioteca de Adriano, en Atenas, protesta por el tratamiento que le dan los dominadores del país a esos preciosos restos: “Saliendo al campo por esta parte, se encuentran luego 16 columnas en tres rangos paralelos, de una altura sumamente extraordinaria y de orden corintio, que se dice son parte de aquel famosísimo Panteón de Adriano. ¡Qué bellissimo mármol! ¡Y qué tratamiento le dan todos los días los turcos, pues encontramos varias piezas de sus pedestales acabadas de romper”¹⁰.

En Pireo, Miranda testimonia contra el saqueo veneciano de monumentos griegos, cuando imagina el noble conjunto que deberían formar los leones de mármol que sostenían la cadena que cerraba el puerto: allí debían hacer “la comparsa más noble que quiera imaginarse, en contraste, por cierto, de la que hacen a la puerta del Arsenal de Venecia, plantados allí sin ton ni son”¹¹. Ya hemos visto que también en Atenas, al

9 *Colombeia*, IV, 373.

10 *Ibíd.*, 383.

11 *Ibíd.*, 377.

relatar su visita emocionada al Partenón, el 21 de junio de 1786, hace constar que los venecianos igualmente contribuyeron a la ruina del celeberrimo templo: los bajorrelieves del frontón principal “faltan del todo, porque los venecianos, queriéndolos llevar, los dejaron caer a tierra, y se rompió todo...”¹².

En muchos otros lugares, el viajero nos deja testimonios semejantes. Así, por ejemplo, antes de ir a Grecia, al narrar su visita al Foro Romano, se refiere con abierta indignación al uso que se le da a las ruinas del Templo de la Paz y al Coliseo: “Los tres arcos que aún existen son prueba de la magnitud y grandeza de aquel famosísimo templo el de la Paz y sirven en el día de corral de vacas para el ganado que matan en aquel barrio. Y el Coliseo, de caballerizas: que lo he visto con mis propios ojos”¹³.

En verdad, el venezolano no sólo es el Precursor de la Independencia de Latinoamérica. También en otro tipo de asuntos tuvo actitudes precursoras, asumiendo posiciones que más tarde tomarán fuerza y formas definidas. Propugna la plena participación política femenina, cuando pocos pensaban en ella y menos aún estaban dispuestos a aceptarla. Protesta cada vez que puede contra los sistemas inhumanos de prisiones y contra la brutal práctica de la tortura, cuando igualmente eran pocos los que se preocupaban en forma seria por tales asuntos. Y alza su voz para defender el derecho de los pueblos a la conservación de su patrimonio histórico y artístico, cuando el uso general era considerar el saqueo y el despojo como parte de los derechos del vencedor en una guerra.

Esta última actitud la asume Miranda, precisamente cuando se encuentra en pésima situación política personal, después de sus dos prisiones, después de haber sido condenado a la expulsión del país por el Directorio y que el decreto respectivo hubiera sido suspendido luego de reclamos y gestiones, el 25 de abril de 1796 (6 de Floreal del año iv de la República Francesa). Además, su enfrentamiento en este terreno es nada menos que con Napoleón, en rápido ascenso hacia el poder total. El general que pronto será emperador, aspira a “enriquecer” a Francia, despojando a las ciudades italianas de sus tesoros artísticos.

Contra el despojo artístico de Italia

La correspondencia del General Miranda con Antoine Ch. Quatremère de Quincy (1755-1849), el artista y sabio, autor de diversas obras especializadas¹⁴ que será Secretario Perpetuo de la Academia de Bellas Artes, revela un firme criterio para

12 Ibid., 381.

13 Ibid., 286. Anotación del 31 de enero de 1786.

14 Entre ellas, *Diccionario de la arquitectura*,

Historia de la vida y obras de Rafael, El Júpiter Olímpico o el arte de la escultura, Cuál fue el estado de la arquitectura entre los antiguos egipcios.

condenar las pretensiones del Directorio y defender el derecho de cada pueblo a conservar sus obras de arte. Escribe Thorny al respecto: “Fue durante ese período [...] que Miranda llevó su celebrada correspondencia con el arquitecto Antonio Crisóstomo Quatremère de Quincy. Los dos amigos, víctimas ambos de persecuciones, hablaron abiertamente contra la transferencia de obras de arte italiano de la Península al Louvre de París. Más que ningún otro episodio de su vida, esta lucha incruenta retrató al Precursor como un valiente Ciudadano del Mundo”¹⁵. Y M. S. Sánchez expresa: “La sola correspondencia epistolar del sabio francés [...] honra a Miranda en el más alto grado y enaltece sus cualidades de pensador y hombre de letras”¹⁶.

En 1794 el artista francés y el militar venezolano debieron estar juntos en la cárcel de las Madelonnettes, donde acaso la amistad entre ellos se fortaleció en la hora de la desgracia¹⁷. En julio de ese año ambos estuvieron entre los prisioneros trasladados a La Force. Allí, como es sabido, se reunieron destacadas figuras de la intelectualidad, la política y la milicia. “Había un grupo de presos que parecía inseparable. Componíase de Miranda, Champagneux, Aquiles Duchatellat, Chastelain, Danon, y entre otros, los girondinos, Valazé y Vergniaud. Las inteligencias ilustradas, los caracteres independientes se encuentran casi siempre sin solicitarse. Era imposible que tales hombres, escritores, oradores, historiadores, no se reunieran en torno a Miranda, la espada favorita de la Gironda, como con tanta verdad lo llama el historiador Luis Blanc. Los acercaba la fuerza moral, los afianzaba la fraternidad, los fortalecía el deber... El amor a la libertad era para todos lazo de unión...”¹⁸.

A la caída del Terror, Quatremère de Quincy salió en libertad. No así Miranda, que siguió por largo tiempo en prisión. Al año siguiente, Quatremère participó activamente en los hechos del 13 de vendimiario (13 de octubre de 1795) y fue condenado a muerte en rebeldía. La correspondencia con Miranda se producirá en 1796, mientras el artista se encontraba en la clandestinidad. Así lo recuerda él mismo más tarde: “Me encontraba proscripto por consecuencia de los sucesos políticos de vendimiario. Miranda, que conocía el secreto de mi escondite, fue a verme y me exigió que entabláramos una correspondencia sobre el peligro que amenazaba a Roma y la cual él se encargaría de hacer pública. Efectivamente se publicó por aquellos días en una serie de artículos que aparecieron en *Le Rédacteur*. A poco de haber alcanzado mi liberación, recogí en un opúsculo aquellos recortes y los envié al general Bonaparte, quien naturalmente no los tomó en cuenta”¹⁹.

Puede parecer un tanto extraño que esta correspondencia se haya entablado justamente entre Quatremère de Quincy, sabio, artista y político francés, con un...

15 J.F. Thorny: *Miranda, ciudadano del mundo*, 160.

16 M.S. Sánchez: *Miranda como filósofo y erudito*, 12.

17 *Ibíd.*, 3.

18 Arístides Rojas: “Las primeras prisiones de Miranda”, en *Leyendas Históricas de Venezuela*, 100.

19 M.S. Sánchez, *op. cit.*, 12.

general originario de... Venezuela, una poco conocida colonia española de una remota América. No fue con otro sabio europeo, con algún académico o artista francés, con quien surgió el diálogo epistolar semiclandestino. Pero la admiración del sabio gallo por el general caraqueño era muy grande. Veía en él el *más ilustrado y apasionado* paladín de la libertad. Reunía, pues, en sí, los dos valores supremos a que rendía tributo Quatremère: la sapiencia y el amor por la libertad. Así lo había expresado en el folleto que había escrito, impreso y hecho circular mientras Miranda permanecía en la cárcel, protestando por la injusticia que contra éste se cometía: “¡Franceses! si se pudiera dudar que Miranda es a la vez el amigo más ilustrado y el más apasionado amante de la libertad y la igualdad, sería necesario negar la existencia del amor a la libertad [...]. Si la libertad fuera desterrada del resto del globo, el corazón de Miranda sería su último asilo”²⁰.

Mientras los miembros del Directorio halagaban a Napoleón y propiciaban el “adorno y enriquecimiento de Francia”, a través de la substracción de estatuas, lápidas, monedas y medallas antiguas, manuscritos y libros valiosos, cuadros famosos, etc., hubo quienes se atrevieron a hacer oír una voz distinta de aquella que dictaba un patriotismo fácil.

Entre ellos estuvieron Quatremère de Quincy y Miranda. Y éste lo hizo, como ya anotamos, a pesar de la precariedad de su situación personal (dos prisiones, un proceso, diversas acusaciones, un decreto de expulsión, hostigamiento constante).

Desafortunadamente, los textos de Miranda no pudieron ser ubicados por Caracciolo Parra, de modo que debemos deducir sus conceptos de las respuestas que da a sus cartas Quatremère de Quincy. El historiador venezolano dató la correspondencia entre mayo y agosto o septiembre de 1796²¹. La primera edición de las cartas de Quatremère no mencionó el nombre del destinatario de ellas, en razón de las circunstancias políticas. La segunda, muy posterior a la Revolución, lleva este título: *Lettres sur l'enlèvement des ouvrages d'art antique à Athènes et à Rome, écrites les unes au célèbre Canova, les autres au général Miranda*, par Quatremère de Quincy (Nouvelle édition. Paris, Imprimerie d'Adrien Le Clerc et Cie., 1836—8º, XVI + 283 p.). En esta segunda edición se agregan nuevas cartas, escritas después de 1818 y relativas a los mármoles substraídos por Elgin de la Acrópolis²².

Las cartas dirigidas a Miranda y que contestan las que éste envió, están reproducidas entre las páginas 171 y 279. “Ellas constituyen, principalmente, una protesta contra la dispersión de los monumentos de Italia, el desmembramiento de sus escuelas y la

20 A. Quatremère de Quincy: “Précis pour Miranda”, en *Archivo del General Miranda*, XII, 427-434.

21 Caracciolo Parra-Pérez: *Miranda y la Revolución Francesa*, II, 258.

22 Aunque, como lo anota C. Parra-Pérez, sin que exista consecuencia entre sus posiciones de 1796 y el criterio con que juzga el despojo del Partenón por Elgin, dos décadas más tarde.

explotación de sus colecciones, galerías y museos, que Napoleón comenzaba a poner por obra. Patentizan, además, el grave perjuicio que semejantes depredaciones causarían a las artes y a la ciencia”²³.

No al “derecho de conquista”

El planteamiento de Miranda respecto de las obras de arte es consecuencia de una básica posición de principios: *su oposición a toda conquista*. El llamado “derecho de conquista” no es tal derecho: “el espíritu de conquista en una república es enteramente incompatible con el espíritu de libertad”²⁴. Es la idea fundamental que había expresado el año anterior, 1795, en su opúsculo *Opinión del general Miranda...*: “La gloria de las conquistas no es digna de una República fundada sobre el respeto debido a los derechos del hombre y a las sublimes máximas de la filosofía”²⁵. Si una república que lucha por la libertad no puede conquistar territorios de otros pueblos, tampoco puede aspirar a apoderarse de obras de arte ajenas: “Sería indigno del siglo XVIII y de la Revolución seguir el ejemplo de las exacciones cometidas por los mismos romanos y olvidar ‘el memorable castigo que el universo hizo experimentar a esos tiranos de los pueblos’: ya Polibio se alzaba contra tan detestables prácticas. Miranda, rebosante, como sabemos, de historia y de erudición, pretendía que ‘en las circunstancias amenazadoras en que se encontraban las artes’, su corresponsal debería ‘apoyarse en ejemplos y pasar a las aplicaciones’. Debería citar a Carlos VIII, Francisco I y Carlos V, quienes, ‘dueños, sucesivamente, de Roma, no la han despojado ni de un solo trozo’; debería citar también al gran Federico, quien, dueño dos veces de Dresde y de su magnífica galería, ‘se contentó con admirar sus cuadros’; debería aplicarse a ver que ‘en la Europa civilizada todo lo que pertenece a la cultura [cultivo] de las artes y de las ciencias está fuera de los derechos de la guerra y de la victoria; que todo lo que sirve para la instrucción local o general de los pueblos *debe ser sagrado*”²⁶.

La obra de estudio estético de la Antigüedad, que con tanto fundamento, amplitud y brillo había realizado Winckelmann (por quien Miranda sentía profunda admiración, como lo muestran los testimonios de sus lecturas y los catálogos de sus libros), supone

23 M.S. Sánchez, *op. cit.*, 12.

24 A. Quatremère de Quincy: *Lettres sur l'enlèvement des ouvrages d'art antique à Athènes...*, 173-174. Cit. por M.S. Sánchez, *op. cit.*, 13. Dice Quatremère de Quincy: “Me parece que habéis agotado el tema que os había propuesto; no creería yo que se pudiese agregar nada a los medios de que os valéis

para demostrar que el espíritu de conquista en una república es en absoluto incompatible con el espíritu de libertad”.

25 “Opinion du Général Miranda sur la situation actuelle de la France et sur les remèdes convenables à ses maux,” *Archivo del...*, XIV, 394.

26 C. Parra-Pérez, *op. cit.*, II, 246-247.

el respeto por las obras de arte y su examen y contemplación en los lugares donde sus creadores las concibieron y realizaron: “¿Podrán medirse las consecuencias que tendrá para la vida misma de las ciencias y de las artes esa locura de dispersar los materiales artísticos y científicos? ¿Sería posible que Winckelmann hubiera llegado a concebir la idea de emprender su obra sin la colección de materiales que Roma ofrecía a sus observaciones? Transportar es mutilar y toda mutilación es vergonzosa...”²⁷. Como lo hemos destacado en otro trabajo²⁸, Miranda, durante su viaje por tierra helénica, anota la idea de la *importancia del entorno natural* en la arquitectura griega, concepto que posee relación inmediata con el de la conservación de la obra artística en el sitio en que fue creada.

La polémica fue seguida en los diarios, antes de que Quatremère de Quincy editara sus cartas como folleto. Ese diálogo público a mediados de 1796 implicaba nuevos riesgos. Y, de hecho, Miranda se creó nuevos detractores. Lo muestra, por ejemplo, esta expresión aparecida en un diario de París en el mes de julio, y dirigida contra el general venezolano a cuya condición de extranjero se alude: “Confieso que no puedo creer que sea un francés el que califique de expoliación un acto legítimo y practicado por todos los pueblos”²⁹.

La humanidad ha avanzado desde los años en que se denominaba “acto legítimo y practicado por todos los pueblos” lo que realmente era un despojo, un acto de expoliación, la usurpación del patrimonio artístico de un pueblo. Pensamos que hoy son los argumentos de Francisco de Miranda, ilustre americano, hombre universal, “ciudadano del mundo”, los que tienen vigencia; y no los del anónimo ciudadano francés que lo contradecía. Por eso, es de esperar que el apoyo que recibe Grecia de intelectuales, artistas y organismos de la cultura y del espíritu de todo el mundo, terminará por convencer a las autoridades británicas y se llegará así a la decisión, honrosa para Gran Bretaña, de devolver al pueblo griego lo que siempre le perteneció y que ningún invasor tuvo moralmente el derecho de enajenar.

27 *Ibíd.*, 248.

28 Véase al respecto nuestro trabajo *Miranda y Grecia*, capítulo “Corinto y el Istmo”.

29 *Le Rédacteur*, 5 de julio de 1796. Cit. por C. Parra-Pérez, *op. cit.*, II, 249.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDRÓNIKOS, M., "El arte clásico", en griego, *Historia tu Helinikú Ethnos*, vol. IV, Ekdotiké Athenón, Atenas, 1972.
- BOARDMAN, J., *Greek Art*, trad. al griego A. Papás, Atenas, 1980.
- CASTILLO DIDIER, M., *Miranda y Grecia*, Caracas, 1986.
- "Los diarios de Miranda. Una página del gran libro del universo", en *Los diarios del Precursor Francisco de Miranda Selección*, Monte Ávila, Caracas, 1992.
- GÁLVEZ, M., *Don Francisco de Miranda, el más universal de los americanos*, EMECE, Buenos Aires, 1946.
- HENRÍQUEZ UREÑA, P., *Las corrientes literarias en América Hispánica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1949.
- MIRANDA, FRANCISCO DE, *Archivo del General Miranda*, 24 vols., Caracas-La Habana, 1929-1950.
- *Colombeia*, nueva edición del *Archivo*, dirigida por J. Rodríguez de Alonso, Caracas, desde 1978.
- PARRA-PÉREZ, C., *Miranda y la Revolución Francesa*, trad. del autor, Caracas, 1966, 2 vols.
- PÉREZ DÍAZ, L., *Miranda, su vida y su obra*, Caracas, 1968.
- ROBERTSON, W.S., *La vida de Miranda*, trad. J.E. Payró, 2ª ed., Caracas, 1972.
- ROJAS, A., "Las primeras prisiones de Miranda", en *Leyendas históricas de Venezuela*, OCL, Caracas, 1972, 2 vols.
- SÁNCHEZ-BARBA, H., "Introducción" a Fco. de Miranda: *Diarios de viajes y escritos políticos*, Madrid, 1977.
- SÁNCHEZ M.S., *Miranda como filósofo y erudito*, Caracas, 1920.
- SIMÓPULOS, K., *Viajeros extranjeros en Grecia 333 d. C.-1700*, en griego, 5ª ed., Atenas, 1984, 2 vols.
- TARIFFI, T., *Los clásicos griegos de Francisco de Miranda*, Caracas, 1950.
- THORNING, J.F., *Miranda, ciudadano del mundo*, trad. R. Gabaldón, Caracas, 1981.
- VRANOPOULOS, E.A., *The Parthenon and the Elgin Marbles*, Atenas, 1985.